

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción. En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'10 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones. El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.

La correspondencia al Administrador

De la campaña

La alegría que en nuestro ánimo produjo la fausta noticia de la toma del Gurugú por las tropas españolas, ha venido á empañarse un tanto con los últimos telegramas recibidos de Melilla, dando cuenta de las sensibles y dolorosas bajas experimentadas en el encuentro de anteaer con los rifeños.

La muerte del desventurado general Díez Vicario y de los valientes oficiales y soldados que cayeron, segado el hilo de su existencia por el plomo de los traidores rebeldes, es la nube que empaña el cielo de nuestra alegría.

En el correo de hoy recibimos detalles de esta sangrienta jornada.

El general en jefe del ejército de operaciones dispuso anteaer que fueran ocupadas las lomas que forman una posición avanzada de las posiciones ocupadas por nuestras tropas en Zeluán.

El propósito del general Marina, era el de castigar á los kabileños de Beni-bu-Ifrur impidiendo las constantes agresiones de que eran objeto nuestras avanzadas por parte de aquellos indígenas.

Situados en las indicadas posiciones y roto el fuego juzgó oportuno un movimiento de avance sobre el zoco Jemis emplazado á pocos kilómetros de la Alcazaba de Zeluán.

Al darse cuenta el enemigo de objeto de la operación, se extendió sobre las cumbres de los referidos montes, constituyendo una media luna y parapetándose hábilmente entre los accidentes del terreno desde el cual rompió espantoso fuego.

Toda la harka que ha sido reforzada considerablemente con las tribus del interior se encuentra ahora repelgada en estos sitios para impedir á nuestras fuerzas el avance por el territorio de Beni-bu-Ifrur.

Las tropas, cuyo número describimos en nuestros telegramas de ayer, iban mandadas por el general Tovar protegiendo el flanco izquierdo la segunda brigada de Orozco, á las órdenes del general Díez Vicario.

Establecidas las guerrillas continuó el avance en medio del fuego de nuestros soldados y el de las baterías emplazadas en los puntos estratégicos.

El combate adquirió enormes proporciones peleando ambos bandos con un igual encarnizamiento.

El fuego más nutrido de los rebeldes procedía de las trincheras de monte Milón donde se dice se encuentran las fuerzas del Schaldy con todo el contingente de fuerzas reclutadas en el Sur.

Cuando el enemigo consideró á la columna bastante internada en las quebraduras del terreno que conduce al zoco inició un movimiento envolvente partiendo desde la loma de Vix en las estribaciones del monte Azara siendo contenidos por los cañones Senenei'er que rompieron un terrible fuego contra la vertiente del monte Vixan en cuya ladera se encuentra la casa de la mina.

Los soldados disparaban vitoreando á España y contestándole los jefes y oficiales con gran entusiasmo.

Súbitamente los rebeldes cuyo número se hace ascender á 15.000 hábilmente retirados por el Schaldy atacaron por retaguardia intentando cortar la retirada.

Ordenose rápidamente que tomara posiciones parte de la columna para proteger el repliegue de las tropas que mandaba el general Díez Vicario que eran las más comprometidas. En este punto adquirió la lucha proporciones colosales, el estampido del cañón y los tiros de la fusilería eran apagados por el terrible vocerío de los moros que desesperadamente se esfuzaban por conseguir el objeto que se proponían.

En este momento se adelantó el general Díez Vicario hacia las líneas de fuego, sin escuchar las advertencias que se le hacían, alcanzándole un proyectil que le atravesó el pecho y muriendo casi instantáneamente.

La brigada de cazadores de Madrid sostuvo el combate con valor temerario llegando sus avanzadas hasta el fondo del barranco.

Se elogia el valor temerario de nuestras tropas que han luchado sin descanso hasta que el enemigo emprendió la retirada dejando en el campo innumerales muertos y heridos.

Entre los muchos casos de heroísmo que se han registrado en este combate quizá el más rudo de cuantos hasta la presente se han librado merece consignarse el siguiente:

Un capitán del batallón de cazadores de Madrid que había subido á lo alto de una loma con muy pocos soldados recibió la orden de retirarse.

Repitióla él á los soldados pero continuó en el mismo sitio disparando con el fusil de un soldado muerto hasta que le alcanzó una bala enemiga haciéndole perecer.

Otro capitán de cazadores de Figueras que se encontraba arengando á los soldados cayó también muerto de un balazo.

El capellán de cazadores de Madrid se encontró siempre en los sitios de más peligro auxiliando á los moribundos.

Entre los oficiales heridos se encuentra el hijo del general Borbón que ha salido para Melilla autorizado por el Rey.

Ha salido un convoy sanitario hacia las posiciones de Zeluán para trasladar á Melilla á los heridos procedentes de este combate.

Con el mismo objeto ha salido un tren para la boca de Mar-Chica.

CUENTO DEL SÁBADO

Un "No," de don José

Sabido es que todo aquel que se dedica por completo al estudio de las Ciencias abstractas, poco ó nada le perturban en la serenidad augusta de sus altos problemas las pequeñeces del amor y las mil intrigas y peripecias que fórman la red, dentro de la cual nos agitamos los demás mortales.

Esta verdad, no obstante, hallaba en mi pobre caletre de mujer resisencias que más de una vez hacíanme pensar hondamente y me abismaba en preocupaciones casi imposibles en nosotros para quienes la mayor preocupación es éstar bonitos y que nos lo digan.

—¡Es imposible! me preguntaba yo—que un hombre como D. José, que ha sabido escribir tantos y tan hermosos pasajes en sus obras, en los que pinta el amor, sus dulzuras y los tormentos que causan tan maravillosamente, no tenga «por ahí» al-

guna pasión, alguna intriguilla oculta que le haga olvidar por algunas horas la aridez de sus estudios matemáticos?

—¡Las Musas y su frecuente trato—proseguía yo—no bastan; hace falta algo más positivo, más... «tangibile, por decirlo así; pues aunque su esposa es una gran belleza, adornada de un clarísimo talento y una discreción poco común, sé bien el caso que nos hacen nuestros señores maridos después de unos cuantos años de matrimonio por hermosas y discretas que seamos!

Una mañana, al pasar por delante de la librería de Fé, ví al bueno de D. José que cargado con dos ó tres volúmenes, estaba parado junto á la puerta hablando con otro señor. Fudo más en mí la curiosidad—al fin mujer que la discreción, y acercándome al escaparate con disimulo pude oír parte de lo que decían.

—Realmente estoy disgustado—decía don José—ayer no quiso comer nada y está tristonza y de mal humor.

Le llevé usted el collar que me dijo:

—Sí—añadió D. José—y realmente es muy bonito y delicadamente trabajado—pues nada—¡Ej! tiene y no consintió en que yo se lo pusiera! —¡Pobre «Frou Frou!»—dijo el amigo —¡Ella tan alegre siempre y amiga de fiestas!

Un suspiro fué la única contestación de D. José, cuyo semblante revelaba muy hondo dolor.

—Vaya—repuso el amigo—; tal vez no será más que una indisposición pasajera... ¡Celebraré su alivio! —y se separaron.

—¡Atónita me quedé de cuanto había oído. ¿Con que es decir que «el puítano» de D. José también anda en esas travessuras?

—¿Quién será? —«Frou-Frou.» —Alguna francesa.—[¿Quién sabe! Alguna de «esas estrellas» que suelen caer por acá con el propósito honestísimo de desplumar á cuantos se presentan... Y D. José, ¿habrá dado en la red?]

—Pues si se entera su mujer... me parece que «va á haber bronca», como dicen los chulos.

Rovolviendo estas ideas en mi imaginaba yo por la calle del Príncipe cuando me sentí cogida por el brazo.

—¿A dónde vas tan distada, mujer?—me dijo una de mis mejores amigas.

—No lo sé—le contesté—; huyendo de este mundo, en el que no hay más que mentira.

—Pues no lo tomas poco alto—repuso ella riendo.—¿Qué te ha ocurrido?

En pocas palabras le puse al corriente de lo que acababa de oír y de mi «deconfiure»—como dicen los franceses—, respecto á la austeridad de ciertos grandes intelectuales con respecto á deslices propios de la Humanidad.

—¿Pero, bien?—me interrumpió mi amiga.

—¿Quién es ella? ¿Cómo se llama? ¿Alguna pérdida?

—Figúrate una mujer á quien le regalas collares y que la llaman «Frou Frou».

—¿Cómo has dicho?

—«Frou Frou», mujer «Frou Frou» —Una carcajada inmensa, ruidosa y prolongada de mi amiga me dejó atónita.

—¿De qué te ríes?—la pregunté.

—Pero inocente—me contestó—, ¿no sabes quién es la «Frou Frou» que D. José quiere tanto y por cuya salud se interesa con tal solicitud?

—No—repuse yo.—¿Quién es?

—¡¡¡Su perral!!

Juan Pinto y Parolo.

Impresiones

CONTRASTE

Con la ocupación del monte Gurugú por nuestras tropas, la explosión de entusiasmo y regocijo se produjo en toda la Península. Las capitales, ciudades de segundo orden, las de tercero... hasta los pueblos mas insignificantes vistieron sus galas; por todos lados colgaduras sostenían los balcones de los edificios públicos y oficiales; la animación habíase enseñoreado del pueblo ávido de fiestas con que conmemorar tan fausto suceso.

Por Cartagena, podemos formar idea del desbordamiento de júbilo que se apoderó de nosotros al saber la tan anhela noticia del ondeamiento de nuestra bandera en el último picacho del famoso monte.

El telegrama que se conocía era oficial y por lo tanto no había ningún género de duda; la tan deseada victoria que había de traer anexa tal posesión por todos los españoles querida, era cierta.

¡Inmediatamente las autoridades civiles y militares de esta ciudad, tomaron acuerdos de engalanar con col-

gaduras é iluminaciones los balcones de sus edificios respectivos é invitar al comercio, sociedades y vecindario en general á que hiciesen lo propio.

A las siete de la noche el espectáculo que se ofrecía ante nuestra vista era sumamente impresionable. El tránsito por las calles del Carmen, Puente de Murcia y Mayor, como las afluyentes á éstas, parecíanse á un hormiguero; la muchedumbre compacta, entremezclados los de alto y bajo linaje, el rico y el menestral, se unía en apretado lazo que el patriotismo formaba, para manifestar públicamente, á la faz del pueblo, el natural cuan lógico regocijo por el grandioso triunfo de las armas españolas en el Riff....

Las bandas de música con sus pasodobles, hacían aún más enardecer los ánimos, ya exultados, hasta rayar en el delirio del amor patrio...

El pueblo estaba celebrando el día de su gloria con inequívocas pruebas de su amante y fervoroso cariño al pabellón nacional....

En el Zoco el Jemis se han librado ayer dos sangrientos combates...

Hicimos considerables bajas al enemigo... pero nosotros, si hemos de creer el telegrama oficial, perdimos para siempre al bizarro general Díez Vicario que tan poquísimos días hace llegó á Melilla para relevar al que fué ascendido Sr. Sanmartín.

[Otro de los prestigiosos Generales que ha sido inmolado en aras del honor patrio]

Con é cayeron para no levantarse más dos capitanes, un teniente y catorce soldados....

La jornada, después de la que hizo el inmortal Pinto, no puede ser más sangrienta; además ciento ochenta heridos de tropa ha causado la revancha que aquellos salvajes tomaron por nuestro dominio de la posesión por ellos tan venerada....

Antes, todo era bienandanzas, música, alegría, entusiasmo... por todos lados veíanse semblantes demostrativos de la complacencia que la victoria de nuestros soldados había llevado al alma del español.

Ahora... ahora, el negro luto cubre con su pesado velo nuestros corazones... los téticos semblantes de las víctimas sacrificadas por la bárbara mortisma, parece retratarse en el aspecto del pueblo triste, silencioso, mustio, como cementerio abandonado....

Triste contraste en veinticuatro horas transcurridas.

KARUSO.

Y la acaricia con hojas recórtadas,
Con sus flores más blancas que la nieve,
Por el puro rocío abríllantadas,
Y que una brisa suave las conmueve.

Absorta al contemplar tanta belleza
No advirtió que por entre los abrojos
Rastreaba una sierpe con fiereza,
Queriendo fascinarla con sus ojos.

Un agudo silvido prolongado
De su éstasis volvióla de repente,
Y notó aquel reptil junto á su lado
Con mirada cruel y muy ardiente.

Entonces quiso huir, pero no pudo;
Un vértigo turbaba su cabeza,
Su garganta oprimía un fuerte nudo,
Y cayó desplomada sin firmeza.

Un joven musulmán lo vió de lejos.
Acudió presuroso á aquella escena,
Brotando de sus ojos los reflejos
Del rabioso furor de vorázhiena.

La daga desprendió de su cintura,
Y acercóse á la sierpe enfurecida;
Y con mano esforzada y bien segura
Al inmundo animal quitó la vida.

Abrazando á la virgen dulcemente,
De un arroyo condújola á la orilla;
Y con agua roció su pura frente,
Y el pálido matiz de su megilla.

Abrió los ojos, más quedó espantada
Al verse de aquel joven en los brazos,
Sin el fino cendal encubierta,
Y quiso desprenderse de sus lazos.

«No huysis, Uri del prometido cielo.
La dijo el moro, dél que os ha salvado,
No orultéis vuestro rostro con el velo,
Que el amor en mi pecho ya ha brotado.

«Miradme sin enojos virgen bella;
Y si en algó tenéis este servicio,
Decíme vuestro nombre, clara estrella;
Y que os sea el destino muy propicio.»

Esta la historia fue de sus amores:
Desde donde se ven breves instantes,
Cuando ostenta la luna sus fulgores
Cercada de rubies y brillantes.

Pembé-Haré cierta tarde paseaba
Por la orilla del Bósforo azulado,
En rico palanquín que reposaba
Sobre esclavos de cutis bronceado.

Reinaba la estación de primavera
Que al invierno cruel aleja y doma;
Que la flor que aparece mas ligera
Encierra en su boton precioso aroma.